



r 1'

Paris 12 de Julio 1899
117, rue du Ranelagh (2^a)

Señor Dⁿ,

Miguel de Unamuno.

Mi admirado Señor y - permítame
me lo Usted - mi amigo. Su carta me
ha llenado de satisfacción y de agrade-
cimiento: si la una me enorgullece, la
otra me obliga. La indulgencia ha
sido virtud que ha acompañado siem-
pre a los grandes. Antes de recibir car-
ta suya, y de saber que Usted unía la
bondad a la profundidad abisma-
tica que en la ciencia le conocíamos,
habíamos hablado ya muchas veces
de Usted con el Señor Cuervo. El, que
es más capaz que yo de ver a Usted de en-
fo entero, me había dicho alguna vez: "he
ahí un joven que, como el herve de No-
muro, es más alto que una torre". Iagre-
gó que en educación acaso hecha en Ale-
mania ó Inglaterra, unida a sus
claras vistas, hacían de sus estudios

de Usted - que él sigue con interés - verda-
desos problemas. "Es un alma de vastos ho-
rizontes", me decía últimamente leyendo
Su carta de Usted a Darío: pocas veces, co-
mo en este caso, lo hondo se ha unido a
lo superficial: no es posible que se entien-
dan".

He querido comenzar mi carta, incapaz
por cierto de significar mi agradecimien-
to hacia Usted - por lo que he supuesto que
tendrá más valor para Usted que la admi-
ración mía. Desgraciadamente nací, cre-
cí y me desarrollé en una época y unas
circunstancias tan especiales para mi
patria que ni creo que se repitan, ni creo
que los historiadores de ella hayan de to-
marla en cuenta para sus estudios. Desde
el año 60 al 80 solo estudiaban en Buenos
Aires los hijos de la gente rica; del 80 adelan-
te solo lo hicieron los por extremos menesterosos.
El exceso de abogados y médicos produjo una
reacción, y del 80 adelante, los padres solo pen-
saron hacer buenos y hábiles negociantes
de sus hijos; y los que no eran forzados por la
ley no hacían seguir estudios a sus

2
vástagos. Después, la vida me arrojó
en el mar revuelto de los negocios, y
una vez tranquilo, la fiebre de la pro-
ducción literaria dominó mi espíritu.
Del 89 á aquí los viajes me han hecho
poseer muy deficientemente el inglés, en
el que apenas, á muy duras penas, alcan-
zo la prosa, sobre todo la filosófica; el
italiano y el francés: sobre todo este últi-
mo idioma es hoy el medio de que me val-
go para penetrar en la hermosa y mis-
teriosa selva de la literatura alemana.
; Cuántas veces he pensado en ensanchar
los pocos conocimientos que poseo perfec-
cionándome en ese mismo alemán que,
siriéndome para las calles de Berlín
y sus hoteles, para los servicios de los va-
pores en que hago constantes y casi annu-
ales viajes de Bremen há Buenos-Ai-
res, me dejan corarado la admirable nave-
mística de los Lieder de Goethe, sus hondas
proyecciones filosóficas y los cantos de oro
y cristal de las expansiones ^{de} Schiller! Pero
de libro en libro, y de página en página,
y de sueño en sueño, corre mi ^{existencia} ~~vida~~ como

esos arroyos torrentosos de nuestras
virgenes selvas americanas, fecun-
dizando márgenes salvajes perenne-
nas de vida, que jamás convirtieron el
cultivo ni fueron polvatas por la ma-
no del hombre. Y así como esos tor-
rentes parecen recrearse en producir
y alimentar con su humedad flores
salvajes y acaso abrogaran ó quema-
ran con su jugo á las flores europeas
mi inspiración no puede salir de Amé-
rica, aun en aquellos libros de asuntos
de Europa - horas, como si se dijera, en
que las aguas reflejaron las nubes
ó las estrellas de otros cielos.

Por eso es que con asombro he leído,
muerto á reír, y leído varias veces
su admirable carta de Usted en la
que, aparte de los conceptos excresi-
vamente benevolentes á mi respec-
to, Usted penetra y bucea en mi
capítulo con una seguridad man-
villosa; y yo que no doy un paso por
que los diarios de mi tierra ó del ex-

trangers digan de mi una palabra^{n 1 (2)}
que con una vida de asperezas lite-
rarias verbales y escritas me he echa-
do encima las campanillas de mi²
cos de Buenos - Aires y he mordido
y desbaratado alguna vez la tribu
de Rubén y a Rubén mismo, me
siento alentado por cartas como la
suya, como las que recibo de Pereda,
de Muñoz de Arce, de Víctor Balaguer
y de varios nobles españoles que, como
el Bogotano Cuervo, creen que en
mi naturaleza salvaje hay algo
digno de interés. Gracias de nuevo
una y mil veces! y perdone Usted
este desahogo de un hombre que tra-
baja y que piensa, a medida de
sus fuerzas, en la soledad y el repo-
so, sin temores ni insolencias.

Por paquete aparte envío a Usted
otros dos ejemplares ~~de~~ los libros que
tengo la dicha de ofrecer a Usted y
en lo que el destino quiso poner

la virtud de inspirar a Usted tan
bondadosa y alentadora carta. La
vida en Paris no ha cambiado un so-
lo glóbulo de mi roja sangre castella-
na, vigorizada y purificada por el ta-
miz de las selva entre las que nací y
por los vientos de la Pampa. El padre
me enseñó a admirar y querer a Spa-
ña aun en medio de sus mayores in-
blados, y, a Dios gracias, el enfermismo fran-
cés y en exilium no me han hecho cam-
biar, hasta ahora, ni creo que lo con-
sigan mientras tenga este corazón de
mediodía en el pecho.

Dentro de unos días recibiré ejem-
plares de dos de mis libros primeros:
"Poesías" y "Aires de montaña"; de ambos
tendré el gusto de ofrecer a Usted un ejem-
plar. En ellos encontrará Usted muestra
de mi esfuerzo en favor de la sinceridad ar-
tística y cuánto me ha sido dado intentar
en bien de nuestra incipiente y descarrilada
literatura argentina.

4

Hasta con mi cuñado Rafael Obligado,
el hombre que más puro sentimiento artís-
tico ha manifestado en nuestras letras,
he tenido que estar de pique: él adora al
gañcho, pero como símbolo; quiere "un gañ-
cho de quante blanco" (!); yo admito y quie-
ro á mi gañcho pampaeano, tal enalís,
flor y nata de una época que no tiene nada
que perder porque no haya sido de tanto
adelantamiento como la actual; el gañ-
cho que Usted, mi sabio amigo, presiente
y conoce: el gañcho de Martín Fierro, lleno
de color y de hondísima filosofía que no
se diluye en huecos palabreos. Mi cuñado,
con ser quien es no ha visto el gañcho y ape-
nas si se ha visto él mismo, Rafael Obli-
gado á través del nómade genial de las
llanuras argentinas. Yo no ha visto al gañ-
cho, como no vi al inmigrante italiano,
interesantísimo también y que en aquel me-
dis, transplantado del día á la noche, del
día á la noche se transforma en parte
y muestra sobre su corteza eximpea aque-
llas irradiaciones como eléctricas que le po-
ne en el individuo, y le renueva el alma,

el contagioso ambiente de nuestra ambiciosa y trabajadora República Argentina. Trabajo ahora un poema con este tema. "Salvatore" será otra faceta de nuestra civilización tan cambiante y prestigiosa. Hay en él una escena que quisiera leera Usted en la última intimidad inspiradora de nuestra comunión de ideas. Su visión penetrante de Usted, tan bien como mis versos bastará para ponerla ante su alma. - Una fiera borrasca desgarró el cielo y amotinó y revuelve el Océano: ha pasado el horror de la tormenta y el capitán del enorme transatlántico donde se pasa la escena, como nuestros gorrieros dan suelta en la mañana a sus mojaduras de orejas, da suelta al rebaño de inmigrantes laxos, marchados, reventados interior y exteriormente, casi muertos de alma y cuerpo, que desbroda sobre cubierta. Sobre las inmensas olas y a gran distancia viene en dirección opuesta otro vapor. ¡Vuelve a la patria! Son los hijos del destino; los que dejaron allí en

que la otra va a ser devorada por lo des-
conocido. Y en tanto que "Salvador" confusa-
mente, en su imaginaria de bestia, ha expe-
rimentado el contraste, el mar, el hondo
mar queda sus olas arroutonándose en
alrededor del caso siempre iguales y cons-
tantemente diversas.....

Pero no es mi intención transcribir
a Usted en prosa mi poema, y de nuevo
jito a Usted mil disculpas por haberselo ocu-
pado tanto tiempo en cosas mías. Su bon-
dad de Usted, mi sabio amigo, se tiene la
culpa de ello.

Antes de suscribirse a uno de los diarios
o periódicos donde Usted colabora, quisie-
ra que Usted mismo me dijera cuál le pare-
ce que debo de preferir; cuánto me gusta-
ría conocer in extenso su juicio sobre "Mar-
tin Fierro" del que no conozco sino los fragmen-
tos transcritos por Menéndez y Peláez! Usted es
un espíritu abismático y cada una de sus
páginas una lección.

Háganme el gusto de decirme si tiene Ud
ted la obra argentina "Viaje al país de los ma-

"terros"; para si Usted no la tiene mandársela.
 Es de José Santos Alvarez y libros como ese
 si, valen la pena de leerse. Lo que pasó a
 Usted con Berisso me aterra pensando que
 haya sido Usted inducido en errores por in-
 felices ó enfermos: Berisso es lo primero;
 los que lo han hecho instrumentos de sus
 vanidades insubsistentes, lo segundo. Pe-
 ro no vaya ~~Usted~~ a creer que fuera de
 los genios de Berisso no haya otra cosa
 en América. Bien aplicadas las facultades
 de Rubén y su tribu serían de mucha
 utilidad y generadoras de gloria imper-
 cedera; tal como se emplean solo sirven pa-
 ra lo que Usted ve. ¿Conoce Usted libros de
 Joaquín González? Como podría yo retri-
 buir en parte, mi sabio amigo sus bon-
 dades y benevolencias? De Grandmontage
 ¿tiene Usted la novela anterior a la de que
 Usted habla? De Comrado ha leído Usted las
 poesías? En fin; quisiera poder hacer can-
 biar la impresión que el papandrijo y babo-
 so libro de Berisso debe haberle producido.
 Allean el otro argentino cuyos obras se pue-
 den leer y con agrado y provecho, pero la
 mayor parte de esos decadentistas purgantes!

Dígame si puedo, podrán dala de sus
bondades para conmigo enviar su
carta a "La Nación". Lo escribo en ella
de tarde en tarde y su carta haria
mucho bien a la tornadiza juven-
tud argentina. La voz de un alti-
zino espíritu como el suno, es
la semilla fresca: por árido que sea
el terreno donde cae, difícil es que,
débil ó raquítica, ya que no esplendo-
rosa, no dé una planta; y todo es
edificar.

De la otra Francia y de la otra litera-
tura le hablaría yo aquí, si esto no fuese
tomando proporciones colosales. Básteme
decirle que, así como yo vivo en Ara-
dia, mi Livorno, que es una buena afi-
cionada en pintura, tiene aquí su es-
cuela de Atenas. Conozco personalmente a
grandes poetas y literatos franceses y a gran-
des pintores. Estuve en Madrid, me comu-
nicé con Velázquez y a haber recibido ^{a mi pasaport solamente} su car-
ta, habría usted visto entrar en su casa ~~una~~
hombre ^{que} con el sombrero en la mano,
y sin poder hablar de comovido ^{de un} solo y balbuciente
le hubieran hecho crujir a Vd con un